

David Calleja

# TIEMPO DE DUENDES

EC.O  
EdicionesCivicas.O

## I

¿Podrías avivar el hogar? Necesito arrancar el frío que me estruja todavía el alma. Es tan intenso, tan cruel, que me quita de un soplo las fuerzas y me hace sentir agotada. Que arda por tanto esa madera vieja. Que caldee vuestro refugio y me devuelva la confianza.

Dejad de repetir que no os incordio, por caridad. Una persona con mi pasado sólo puede lastrar a alguien como vuestra merced.

Os he escogido como confesor porque poseéis el precioso don de escuchar sin juzgar ni impacientaros. Lo sé, padre, por mucho que insistáis en asegurar que poco es lo que nos conocemos. Me lo dice ese instinto animal que tanto se desarrolló mientras estuve en Uialcaral.

Deseo relataros a vos todo lo que aconteció. Tal vez así alcance el perdón de Dios a tiempo, antes de que las botas ensangrentadas de vuestros superiores mancillen estos lares.

Bien sabéis que hablo de los hombres que inquietan después de haber dictado sus respuestas, de los devotos que purifican con fuego el corazón escarchado de las brujas como yo. Quiero que me escuchéis vos, no ellos, pues son tan temibles como mi antiguo amo y en su presencia seré incapaz de articular palabra. He servido durante veinte años a la oscuridad. Mi culpa es tan, tan evidente que no me darán la más mínima oportunidad de defenderme.

Evitad alimentarme con falsas esperanzas. Es cosa segura que vendrán. Ignoro qué clase de artes emplean pero vos y yo sabemos de sobra que resulta imposible ocultarles estos acontecimientos, aunque sucedan muy lejos. Lástima que a menudo lleguen tarde, cuando el mal se ha revelado con toda su crudeza y resulta ya imposible sanarlo sin destruir a sus víctimas.

Sí, os lo agradezco. Me siento ahora mejor, más templada. Esas llamas reconfortan a pesar del siniestro bailoteo de sombras que provocan en las paredes. Según parece, el fuego es capaz de obrar bien y mal, como todo lo que es natural o humano.

Yo, además de estúpida, he sido mala. Aunque no todo lo que a mis tutores les habría gustado, así que supongo que aún queda una pizca de bondad en mí. Por eso y porque estas noches atrás, estando sola en el camastro que me habéis cedido, me he palpado el rostro, los brazos, el pecho... Y me he quedado boquiabierta al descubrir que sigo viva, señor mío. ¡Milagrosamente viva!

Vuestra sonrisa es un regalo, me aporta seguridad. Vuestra mirada comprensiva me arropa como la de él.

El guerrero, sí. Vos también disfrutasteis de su compañía. No con la misma intensidad que yo, por supuesto, ya que apenas se detuvo a conversar con vuestra merced unas horas.

Pasó por aquí, por este collado de montaña igual que hice yo muchas estaciones atrás, cuando todavía era una niña. Inocente, ingenua y con la cabeza repleta de bobadas. Yo sí que acepté vuestra comida y hospitalidad, padre, aunque no vuestro consejo. Me advertisteis de la conveniencia de evitar la senda, pero os resististeis a brindarme argumentos de peso.

¿Comprendéis ahora? Tenéis un gran corazón y, sin embargo, aquel día cometisteis una maldad al dejarme marchar. Debisteis meterme el susto en el cuerpo, avisarme o incluso enviarme rodando ladera abajo de vuelta a mi tierra. Pero vuestro ridículo voto de silencio arruinó mi existencia.

Tranquilizaos, no es menester que os disculpéis. Hoy os habría agradecido mayor severidad, desde luego, pero no habéis de olvidar que yo tomé la decisión de guiar mis pasos en aquella dirección maldita.

¿Qué otra cosa podía hacer? Soñaba con viajar, con ver mundo y con olvidar mis pérdidas. Y aquel caminito bañado por la primavera invitaba a recorrerlo.

A su término encontré Uialcaral, donde fui engañada con falsas sonrisas y aduladoras miradas, y así de fácil me retuvieron hasta que llegaron las nieves.

Aquel año, bien lo sabíais, era Tiempo de Duendes. Un nombre demasiado bonito para un sortilegio tan oscuro. Tiempo de Duendes: una vez cada diez inviernos.

Y veinte años después llegó él a lomos de su caballo, embutido en el metal y cansado por el peso de sus dudas.

A él le advertisteis igual que a mí, pero tampoco os hizo caso. Me contó que, según se alejaba de esta casa guiado por los pasos cortos del animal, oyó que sentenciabais que la inconsciencia es la perdición del ser humano.

Sin embargo, él no es un hombre corriente. O no lo era. Ya no sé si aquel cuerpo cargado de energía sigue albergando la vida. La cuestión es que rompió el hechizo y siguió su camino, dejándome abandonada en mitad de la desolación. Tampoco a él le culpo. Hizo lo que debía.

Resulta iluso pensar que yo pudiera tener más fuerza para retenerle que los mismísimos elementos. Porque pensadlo: yo seguí un sendero florido. Fue fácil, pero cuando él llegó hasta esta encrucijada se encontró una ruta castigada por la nieve y la ventisca. Y ni esto ni los vehementes avisos que vos le dispensasteis le hicieron dar marcha atrás o detenerse a descansar y reflexionar un par de días.

Debía continuar más allá de Uialcaral, hacia la ciudad de los Cristales Rotos, un lugar que llaman así porque todo el que se refleja en sus espejos acaba haciéndolos añicos, incapaz de aguantar su propia visión.

Le impulsaba una necesidad que aun no entiendo pero que se encargó de explicarme detenidamente.

No os preocupéis, resolveré vuestras inquietudes en cuanto se tercié. Es que por ahora no me siento con ánimos de referiros los motivos del guerrero. Necesito asimilar antes todo lo vivido.

A través de ese ventanuco estoy viendo el cielo. Está tan negro pero a la vez tan limpio... lleno de unos fulgores que me recuerdan a él.

Una noche parecida a esta me dijo que se llamaba Liu. Extrañada, le repliqué que ya lo sabía pues hacía algún tiempo que nos conocíamos. Entonces me aclaró que el suyo podría haber sido un nombre de luchador tan contundente como Wotan o Loki. Pero era Liu, y lo portaba con orgullo.

Puede parecer el apelativo de un mestizo, un bastardo o un granjero sin aspiraciones, sin embargo él decía que era mágico y musical, y que si se llamara como los demás guerreros estaría perdido en la disciplina de las armas.

Durante años cabalgó erguido sobre su montura y sin mirar al mundo. Rindió vasallaje a un hombre hueco, fue fiel a ideales ajenos, alabó las dudosas gestas de vanos fetiches y se sintió diferente cuando en realidad era como los demás: un rostro cubierto por un cubo de acero y un cuerpo engalanado con faldones de colores.

Según pensaba, sólo un nombre como el suyo pudo hacerle despertar. Los nombres son importantes, aseguraba, porque reflejan lo que cada persona guarda en su interior.

Si os soy sincera, la primera impresión que tuve de él fue bastante confusa. Aquella especie de semidiós que era mi dueño ya sabía que Liu se acercaba a Uialcaral. Por eso me arrojó a la calle en mitad de la tempestad, para que hiciese de cebo.

Me encomendó una misión atroz que no pude rechazar, y en principio ni tan siquiera me planteaba esa posibilidad.

Así que me quedé allí acurrucada, sollozando y helada de frío entre la nieve. Los gruesos copos caían sobre mi espalda y me petrificaban con su gélida violencia. Y yo esperaba y esperaba su llegada.

Era un bulto apretujado, cubierto únicamente por una capa de seda azul y alumbrado por la tímida luz de la farola que colgaba y se bamboleaba junto a la puerta de Balashka, mi señor.

Liu tardó lo que se me hizo una eternidad. Una eternidad atormentada por el martilleo del herrero. A unos pasos, en la forja, Elbereth golpeaba el metal con estruendo. El sudor corría por su piel pálida y enrojecida. Hacía subir y bajar el martillo de una manera rítmica, y con cada impacto temblaban los músculos de su brazo.

Sujetaba con las tenazas una pieza aún sin forma a la que daba vueltas con frecuencia, con una concentración que intentaba parecer profunda.

En realidad estaba más atento a lo que sucedía fuera de los límites de su chamizo. Era el vigilante de la entrada al pueblo y también mi guardián. Mientras esperaba la aparición del extranjero, controlaba mi buen comportamiento. Una equivocación o un gesto de huida y él se habría encargado de hacérmelo lamentar.

Mi cuerpo tiritaba sin control, incapaz de recordar lo que era el calor. Cerré los ojos unos segundos para desterrar el pavor que sentía. Me engañé, me convencí de que Balashka no me dejaría morir e hice esfuerzos por volver a mirar a Elbereth, que seguía trabajando.

Se detuvo sin motivo aparente. Depositó sus herramientas junto al yunque, con cuidado, y se acercó a la puerta de la forja. Aunque el aire desordenó su pelo, que era amarillo como el sol, permaneció con el rostro severo e inmutable. Se secó el sudor de las manos frotándolas sobre el delantal de cuero y miró hacia los límites de la ventisca. Yo le imité.

Todo era gris al principio. No se veían las colinas más próximas ni mucho menos las afiladas crestas de Los Cernícalos. Pero al de un rato escuché un relincho apagado y, justo después, vislumbré una silueta que avanzaba lentamente hacia el herrero. Pensé que podría ser un centauro o cualquier diablo menor. Al fin y al cabo, ya era Tiempo de Duendes y todo se volvía posible.

Distinguí a un caballo que hundía con pesadez sus patas en la nieve y a un jinete encorvado, deformado por las ropas que le cubrían. Era Liu, desde luego, aunque yo no lo sabría hasta más tarde.

El forastero llegó junto a la fragua y se detuvo. Venía embozado, cubierto con un pesado manto de piel. La capucha, echada hacia delante y amplia, ocultaba algo que agigantaba su cabeza.

El animal parecía fatigado pero aún con fuerzas. Era un hermoso ejemplar, de los que emplean los grandes guerreros en las batallas. Agitó la testa y relinchó cuando su dueño le ordenó parar.

El extranjero se irguió y el viento descubrió una imagen magnífica. Llevaba un yelmo ajustado a la cabeza con tres cuernos: dos a los costados y uno en la parte superior. A pesar de la oscuridad atrajo toda mi atención, pues era de excelente artesanía y estaba labrado con caprichosos relieves. Hasta el habilidoso Elbereth tuvo que maravillarse ante un trabajo tan exquisito.

Desmontó y ambos hombres hablaron. No sé sobre qué pues mi mente comenzaba a perderse, a hundirse en el sueño de los que se mueren poco a poco. Sólo capté el tono de la conversación, que parecía amistoso. Un saludo, quizá, y palabras de bienvenida por parte de Elbereth. Semejante cordialidad era inusual en él.

Entonces estaba tan confundida que no lo comprendí, pero ahora lo veo claro. Formaba parte de la pantomima que todos ellos organizan cada diez años, la gran farsa de la que yo también fui víctima.

A pesar de aquel buen trato inicial, en esta ocasión el papel del herrero no debía ser el de buen parroquiano. Balashka había planeado un enfrentamiento.

Cuando Liu reparó en mí, hecha un ovillo entre la nieve, interpeló a su contertulio. El tono de las voces cambió y Elbereth desplegó su verdadera personalidad. Hubo discusión, luego silencio. Yo ya no sentía nada,



sólo un agotamiento tremendo. Una mano que no noté me agarró y me dio la vuelta sobre la nieve.

Vi su expresión grave, sus labios apretados y enmarcados por aquella piel morena que empalidecía a causa de la baja temperatura. El yelmo hacía que no pareciese humano, aunque no me asustó. Poco podía amedrentarme ya en aquel estado de congelación.

Sobre todo recuerdo su mirada. En sus ojos brillaba una luz que quizás fuera compasión y, aunque me habría resultado hiriente en otras circunstancias, aquella noche la percibí muy cálida.

Me aupó al caballo y me arropó con su propia capa. Poco después perdí la consciencia.

Pero no la conciencia. Esta la he ensuciado, la he arrastrado por el lodo hasta convertirla en un andrajo de lo que un día fue...

Prefiero pensar que no la he perdido del todo, que simplemente ha estado extraviada.

No, padre, es cierto. Siempre que dormía tenía pesadillas. A veces no las recordaba, a veces sí. Y cuando despertaba acongojada, pensando que ni estaba en aquel lugar ni había perdido veinte años preciosos de juventud, sentía la abrasante respiración de Balashka en mi cuello.

Me estrujaba entre sus brazos y me pedía placer, y otra vez quedaba hipnotizada, como una boba, convencida de que siendo mala era feliz. Feliz a pesar de todo. A pesar de que no salía del pueblo, a pesar de los castigos, las vejaciones, la esclavitud y el intenso pavor a soñar que me mareaba al acostarme.

## II

Aquella noche no soñé. Dicen que siempre se sueña algo, pero para mí fue como cerrar los ojos y abrirlos un segundo después. Me dolía la cabeza, eso sí, y cada pequeño movimiento requería un esfuerzo enorme.

Estaba tumbada en una cama estrecha de sábanas amarillentas y deshilachadas. Distaba mucho del amplio, cómodo, mullido y lujurioso lecho de mi señor, pero por una vez al despertar sentí que me encontraba en el sitio adecuado. Quizás fuera porque las mantas me protegían del frío que se colaba por las rendijas de la ventana, o tal vez porque él estaba ahí, junto al cristal empañado, sentado sobre un taburete maltrecho y mirando al exterior por un hueco que había limpiado con la mano.

Toda mi atención se centró en su figura. No podía ser de otra manera ya que la decoración era parca en demasía. Un armario destartado y cargado de polilla, paredes desconchadas y una jarra oxidada y volcada en el suelo. Nada más. La habitación emanaba tanta tristeza que mi mirada pasó por alto los detalles para fijarse en el puro y brillante color verde de la túnica de Liu.

Yo no sabía qué hacer. Aún era malvada y se me había encomendado una misión que me pondría en contacto directo con los duendes. De hecho, ya empezaba a percibirlos. Estaban por todas partes: en las vetas de las vigas, en los rincones oscuros, en la telaraña helada que brillaba bajo la luz de un candil...

Esperaban mucho de mí, me exigían obediencia con sus susurros y, a la vez, sugerían grandes recompensas. Si les servía con lealtad y eficacia me otorgarían una posición y unos privilegios como los de Elbereth. Me animaban, me empujaban más bien y casi con violencia, a que atrajese y enmarañase al extranjero para que no pudiera escapar jamás.

Me moví, me arrebujé en la cama para evitar su presión. Cubrí mi boca con la almohada porque quería guardar silencio, sólo un rato, el suficiente para poder observar a Liu detenidamente sin que se diese cuenta.

Pero los duendes tenían prisa. El apogeo de su reinado en Uialcaral ni siquiera duraba todo el invierno. Disponían de poco más de una luna para obtener nuevos conversos. Conversos diría Balashka, yo digo esclavos. Así que no me concedieron ese insignificante deseo, esos brevísimos segundos. Hicieron que Liu cambiara su posición para percibir mi movimiento por el rabillo del ojo. Él se volvió, se incorporó y se acercó hasta mi lado.

Se alegraba de que yo hubiese despertado, dijo con buen humor. Llevaba demasiadas horas ahí sentado, viendo nevar y dejando que se agarrotasen todos sus músculos. Y pensando más de la cuenta, preocupándose al parecer por algo que tenía difícil arreglo.

Aparté lentamente la almohada de mi rostro y la estreché como si fuera un hijo bien amado. Desde mi posición me parecía un gigante. Le devolví la mirada con una expresión de inocencia fingida. Me preguntó por qué no hablaba. Quería que me presentase.

—Soy Adalí — dije procurando esquivar sus ojos.

Él no había oído un nombre así en su vida. Cuando me preguntó por su origen titubeé, pero me infundió

valor con un gesto de sus manos y acabé contándole que no es muy corriente. Procede de una lengua que se usa en una tierra lejana, al levante de esta región.

—¿Eres de allí, del Este? —su voz sonaba como si se estuviera dirigiendo a un animalillo asustado.

—No, ya no.

Sufrió una tristeza repentina que no pude ocultar a pesar de la ira que embargaba a los duendes. Liu captó perfectamente mi tono y quiso saber qué lo motivaba, pero de mis labios no salió una sola palabra más al respecto.

Al final desistió ante mi silencio. Olvidó el tema de mi origen, aunque retomó el de mi nombre. Me preguntó por su significado y yo argüí para no responderle que me turbaba decírselo. Y era verdad, no se trataba de ningún fingimiento. Adalí es el diminutivo de un nombre más largo que tiene una traducción absurda. Adalí quiere decir "El amor", pero Adalidensipriema es el apelativo completo y se traduce como "El amor que un hombre encontró una noche de fiesta primaveral". Suena ridículo, irrisorio. De niña tuve que soportar muchas bromas de mis amigos.

Durante las jornadas siguientes, a medida que íbamos ganándonos la confianza mutua, pensé satisfacer su curiosidad. Pero no lo hice, ni siquiera cuando él me habló sobre su nombre. Ahora me arrepiento de haber perdido aquella oportunidad. Me habría gustado que me lo hubiese preguntado de nuevo. Por eso os lo he dicho a vos, padre, para que se lo podáis contar a Liu si pasa por aquí algún día.

Ante mis sucesivas negativas él se encogió de hombros y se presentó. Yo soy Liu, dijo, sólo eso, y luego

se estiró apretando los puños y los párpados. Las mangas de la túnica resbalaron hacia los codos y pude observar que sus antebrazos eran anchos, musculosos. Pero fue solamente un destello porque, de repente, como si se deshinchase, destensó todo el cuerpo y dejó caer de nuevo los brazos. Se detuvo en medio de un bostezo y me sonrió.

Quería pedirme disculpas, aunque aclarando que no se sentía avergonzado. Desde pequeño le habían asegurado que estirarse y bostezar delante de extraños era una señal de mala educación. Eso decían su padre y su madre, siempre con expresiones graves. Yo nunca me lo he planteado. Nunca me he contenido porque crecí con unas costumbres diferentes. Y nunca habría imaginado que un hombretón como Liu pudiera tener la suficiente consideración como para disculparse ante una mujer. Después de veinte años de humillaciones él me hacía sentir digna.

Me eché a reír con una carcajada limpia y brillante, incontenible, de esas que surgen con espontaneidad de lo más profundo del alma. Hacía tiempo que no me embargaba un regocijo tan intenso. Tanto, tanto tiempo que había olvidado que una cosa tan nimia pudiese dar semejante placer. Balashka siempre repetía que el placer es hundir, poseer y doblegar. Y obedecer en los casos que corresponde.

Los duendes trataron de aguijonear mi conciencia pero, a pesar de su enorme irritación, yo les ignoré. Si se hubiesen materializado ante mí creo que hasta les habría dedicado unas cuantas muecas de burla. Porque en aquel momento mi ánimo era otro, distinto al de todos esos años perdidos en Uialcaral. Se trataba de un primer

ramalazo de felicidad. Picante y ardiente, insostenible durante mucho rato debido a mi falta de costumbre.

Le devolví la sonrisa a Liu, asegurándole que en aquel pueblo la moral restrictiva carecía de todo sentido. Podía hacer lo que quisiera, le dije, todas las travesuras que se le ocurrieran.

Y entonces mi alegría se esfumó, como si de repente ya no tuviera derecho a mantenerla. Mis palabras implicaban mucho más de lo que daba a entender su ligereza. Uialcaral era la fuente de la maldad, su cobijo. Maldad era lo único permitido a sus habitantes. Para lo demás no había tanta libertad.

Al recordarlo enmudecí y comprendí que las sombras volvían a adueñarse de mi gesto. Liu mostró su sorpresa ante un cambio de actitud tan brusco. Abrió la boca y la cerró, y después enarcó ligeramente las cejas. Debía de pensar que estaba loca, bien por naturaleza o por la influencia del clima duro de la montaña. Pero no dijo nada. Apretó los labios y se acercó al armario.

Las tablas del piso crujieron bajo sus pies, y las bisagras del armario chirriaron según abría las portezuelas. Dentro del mueble estaban amontonadas sin demasiado cuidado las pertenencias de Liu: el equipaje, la armadura y la silla de montar. El hombre extrajo un cinturón del que colgaban dos vainas, una larga y otra corta, donde había enfundadas una espada y una daga. Mientras se lo ajustaba, una fuerza invisible me incitó a salir de la cama.

A pesar de la fatiga y del dolor de cabeza, aparté la sábana y las mantas con determinación. Saqué una pierna y luego la otra y, al colocar mis diminutos pies sobre el suelo, me di cuenta de que estaba desnuda.

Me quedé paralizada, resistiéndome al apremio de los duendes. El frío intentaba lacerarme sin conseguirlo, pues un calor más intenso devoraba con rapidez todo mi cuerpo. Me había ruborizado a pesar de mi edad y mis experiencias previas. Estaba confundida y cohibida, daba igual que el guerrero siguiera de espaldas. Ni había entendido la sensación de felicidad ni lograba asimilar que me pudiera embargar una actitud tan pacata. Aquel pudor tal vez fuera adecuado en el mundo del que procedía Liu, pero desde luego no en Uialcaral.

La desfachatez que me presuponía mi señor se derrumbó y tuve que cubrirme de nuevo, decepcionando de aquella manera a más de una mente abismal. No podía acercarme por detrás, sin más, para posar mi mano y mis labios sobre su cuello. Me defendí argumentando que era mejor esperar. En ese momento no podía cumplir mi cometido con la eficacia que ellos esperaban.

Liu, sin percatarse de mis dudas, se ató a la cintura una bolsita de cuero repleta de monedas. Se dirigió a la puerta y me dijo con tono neutro que primero iba abajo para pedirle al posadero que me subiese algo de comida y bebida, y que luego, nebase o no, daría una vuelta por el pueblo. Necesitaba respirar aire fresco. O fresquísimo, bromeó sin gracia ni verdadera intención de ser gracioso.

Te has enfadado, pensé yo, estás dolido por mi actitud y te alejas para mi pesar. Quise retenerlo, y para ello se me ocurrió formular la más elemental de las cuestiones: por qué.

Él pareció sorprenderse y exclamó hiriéndome igual que si empleara una de sus armas.

—¿De qué me hablas, mujer?

No quería que me llamase así, como si fuera una sirvienta o una prostituta. No quería que me nombrase como solía hacerlo Balashka, vertiendo su aliento afilado sobre mi oído. Soy Adalidensipriema. Soy Adalí. Sabía que podía volver a sentir la dignidad si Liu pronunciaba una sola vez mi nombre.

Intenté recuperar la expresión de inocencia, dando palos de ciego para conjugar la necesidad de ganarme su afecto con el cumplimiento de mi compromiso con los duendes. Bajé los ojos y le aclaré que preguntaba por los motivos que le habían empujado a auxiliarme.

El guerrero se acarició las comisuras de los labios, atravesándome con la mirada pero sin verme, como si reflexionara. Luego cruzó las manos a la espalda y volvió su posición inicial, junto a la ventana. Suspiró y se sentó en el taburete.

No estaba convencido de que hubiese una razón, meditó. Al fin y al cabo, habría ayudado a cualquier caballo asustado en el bosque, o al perro de caza herido por una flecha perdida y yo, a pesar de mis maldades, soy una persona. Liu se dio cuenta de que yo sufría e iba a morir. No pudo girar la cabeza y abandonarme a mi suerte.

Aunque él no le diera importancia, a mí me pareció un buen motivo. Era emocionante y conciliador, arrullador como un pozo de aguas termales.

Pero había más. Se sabía inducido, manipulado por el herrero que había conseguido irritarle con su actitud. Liu llegó cansado, con la noche ya avanzada. En su viaje pensó que no encontraría otro pueblo y que tendría que pasar la noche a la intemperie. Fue consciente de que podía haberse extraviado e incluso haber acabado



congelado como yo. Su educación le había creado una mente práctica y realista. Jamás creyó que existieran dragones, gargantúas ni quimeras. Y mucho menos que fuera capaz de sobrevivir por sus propios medios, sin sacrificar a su querido animal, en mitad de aquella tormenta.

Cuando vio el resplandor de la forja su corazón se alegró. Azuzó su montura exigiéndole un último esfuerzo entre la nieve y poco después entraron en Uialcaral.

Elbereth se mostró cordial al principio. Ambos hombres conversaron de manera banal sobre lo tardío de la hora, los riesgos del camino y el trabajo de la fragua. Y el herrero siguió siendo amable e incluso le indicó a Liu dónde podría hospedarse: allí, en el local de Saldiv.

Se despidieron. El guerrero reparó en mí cuando ya se alejaba. Vio destellos de seda azul entre la nieve, cabellos apelmazados por la humedad y una espalda arqueada y convulsionada por la tiritona. Detuvo el caballo y llamó a Elbereth. Él no podía haberme pasado por alto, dijo, pues la luz de un fanal me bañaba completamente. Le preguntó qué hacía yo ahí y el muy cínico le contestó que no era asunto suyo.

Su voz se había vuelto tan fría que las cercanas llamas de la fragua menguaban, amenazando con extinguirse. La montura de Liu se agitó nerviosa y yo tuve que reprimir mis instintos cuando el herrero añadió que jamás me ayudaría porque merecía estar donde estaba, arrojada como un trapo viejo.

— Es una perra infiel y una puta que ha servido mal a su amo, le ha desobedecido y por ello faltado al respeto. Por tanto no tiene derecho a protestar.

Y continuó con que Liu, como foráneo, tampoco podía hacerlo en mi lugar. Sólo me quedaba el arrepentimiento y la ínfima posibilidad de un gesto compasivo por parte de mi señor.

El herrero se cruzó de brazos y miró hacia otro lado, repudiándome. Liu estaba contrariado ante aquella demostración de intolerancia y crueldad. Y enfurecido. Pudo haber golpeado a Elbereth, pero era un guerrero peculiar. Prefería demostrarle que sus palabras le daban lo mismo y que no compartía aquel sentido moral. Tiró de las riendas, llegó hasta mi altura y se apeó a mi lado.

La nieve no se derretía sobre mi espalda porque no emanaba el suficiente calor. Para olvidar el pavor, me imaginé a mí misma como una fabulosa criatura acuática. La piel de mis manos había adquirido un color entre violeta y morado, y la fina capa azul parecía una extensión más de mi cuerpo. Entonces él me recogió con sumo cuidado, como si temiera que me rompiese, y dio consistencia a mi fragilidad guareciéndome entre su pecho y su manto.

Lo siento, padre. Recordar aquellos momentos en la habitación junto a Liu me conmueve sobremanera. Ya os he dicho que me sentía rara, gratamente fuera de lugar, distinta a la mujer en la que me había convertido durante las veinte estaciones anteriores. Estuve a punto de llorar como ahora lo hago, y si no lo hice fue porque los duendes me secaron las lágrimas.

Me había cubierto la cara con las palmas y, cuando las aparté, él ya había abandonado el taburete para sentarse sobre el colchón, a los pies de mi lecho.

—Nadie parece normal en Uialcaral —me dijo en tono de confidencia.

¡Bendita inocencia la suya! Por aquel entonces sólo había conocido al herrero y a Saldiv, el posadero. Y a mí, es evidente, aunque por alguna razón incomprensible no me incluía entre las extravagancias del pueblo. En cualquier caso saltaba a la vista que había recalado en un lugar diferente al resto del mundo.

Era un primer paso. Muy pronto comprendería que se trataba de un sitio maldito y odioso, atestado de voluntades hurañas.

Siguió contándome que la actitud del posadero al descubrir quién era yo fue similar a la del herrero: poco cuerda, hosca y cargada de malos deseos. Cuando Liu golpeó su aldaba acudió con presteza a recibirnos. Abrió el portillo y nos invitó a entrar en su local. Sí, de momento a mí también, pero sólo porque se suponía que aún no podía saber quién era. Cubierta como estaba por la capucha no me reconoció, incluso despertó a gritos al mozo para que atendiese al caballo.

—No se preocupe —tranquilizó a Liu—, no hay más clientes, mis berridos no molestarán a nadie.

Saldiv hizo como si también se preocupara por mí y me confundiera con su esposa, pues el guerrero me sostenía en brazos y yo temblaba sin control. Corrió a la cocina para calentar agua y paños y luego los subió al cuarto.

Liu le siguió cargando conmigo, y luego me acostó en la cama. Me descubrió el rostro y comprobó mi temperatura, y entonces, como había sucedido en la forja, desapareció la cortesía de Saldiv y su preocupación cambió de signo. Olvidó mi reanimación. Únicamente pensaba en echarme a patadas de la posada. Juró que no era digna y también me tachó de furcia. Él no era quién,

dijo, para contravenir la voluntad del hombre al que pertenecía. Se santiguó, miró hacia arriba con los brazos extendidos y después, con la mirada ida, me agarró de un tobillo para arrastrarme afuera.

Liu le detuvo. Presionó su muñeca con tal fuerza que me soltó con un chillido de protesta. Retrocedió cubriéndose el pecho como si la ira de mi nuevo protector le hubiese atravesado. Sácala, insistió de todas maneras, llévatela adonde la encuentre. Y se negó a hospedarme.

Liu replicó que era él quien alquilaba el cuarto y que yo era su huésped, que se largase y que nos dejase a solas. No podía perder más tiempo con aquella discusión. Debía darse prisa en calentar mi cuerpo.

Una vez más, Saldiv intentó aferrarme pero acabó violentamente aplastado contra una pared. Incluso así, aturdido e inmovilizado, tuvo el coraje de exigir el pago inmediato. Liu aseguró con gesto torvo que ya lo haría, más tarde. El posadero se quedó pensativo un momento, sonriendo como si todo aquello le divirtiera. Ya había dado el espectáculo que le correspondía, ya había conseguido vincular un poco más a Liu conmigo. Se marchó apresuradamente, murmurando maldiciones y despidiéndose con un seco portazo.

Saldiv era un cuervo gordo y estridente comedor de carroña. Otro converso de estatus elevado, a la altura de Elbereth. Rencoroso, vengativo y paciente como la víbora, gozaba del favor de los duendes. Por eso había sido recompensado y regentaba la posada. Se cuidaba de mantener hospedados a los extranjeros hasta que el hechizo de Uialcaral se completaba. Y luego, cuando ya no podían escapar, más les valía que buscasen un hueco

libre en las chozas del pueblo y que dejaran de ensuciar su casa.

Como enseña del establecimiento había dibujado él mismo un grotesco demonio rojo sobre la puerta del local. En una garra sostenía las uvas del vino y en la otra un ser diminuto pero con alas enormes al que dejaba volar en libertad. Decía que las alas representaban el sueño y reflejaban la existencia de dormitorios. El sueño o el ensueño, más bien la pesadilla.

El posadero creaba ilusiones para engañar a los desafortunados viajeros. Y, sin que se dieran cuenta, la falsa placidez se convertía poco a poco en realidad ingrata.

Saldiv tenía a su servicio a un infeliz llamado Otoño. El muchacho había tropezado con aquel pueblo diez veranos atrás, durante el Tiempo de Duendes posterior al mío. Era el mozo para todo: la cuadra, la pocilga y la alcoba. Se rumoreaba que Saldiv le sodomizaba con frecuencia, no tanto buscando el placer carnal como el que le provocaba el sufrimiento ajeno. Practicaba un sadismo que resultaba creíble y natural en Uialcaral, acorde con las tendencias de los duendes.

El tormento corporal ha terminado ya para Otoño. Sin embargo, aún no ha recuperado el alma que le arrebataron.

El guerrero dijo algo. Fuera seguía nevando pero Liu había cogido sus pieles y se disponía a marcharse.

Antes de que girase el pomo de la puerta le retuve un instante con mis palabras. Me tocaba ahora a mí ofrecerle una explicación. Era justo que le contase por qué me había repudiado Balashka. Aunque fuese una historia inventada.

Le interesaba, sí, pero no tanto como para no dejarme descansar antes. Era verdad que aún necesitaba recuperarme y, como bien sabía yo, íbamos a disponer hasta el próximo novilunio para charlar. Antes de marchar me dijo que no me preocupara por Saldiv, que él se encargaría de que me tratase correctamente. Como merecía.

Recalcó aquellas últimas palabras pero me costó asimilar que se refiriesen a mí. Inclino la cabeza a modo de despedida y se fue, arrastrando consigo a los duendes y dejándome inmersa en un profundo silencio, en una agradable soledad.

Ahora es tarde, padre, estoy casi tan fatigada como lo estaba entonces. No me pidáis que siga narrando porque de lo contrario nos sorprenderá el amanecer.

Deberíais tener paciencia, todo llegará a su debido momento y acabaré resolviendo todas vuestras dudas. Mañana continuaré, así que buenas noches... y no soñéis mal.